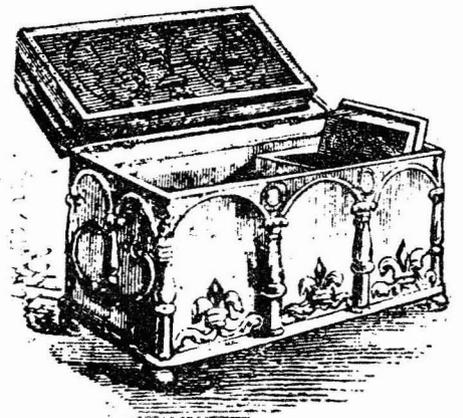
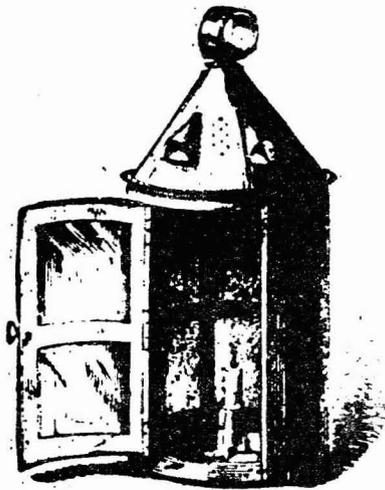
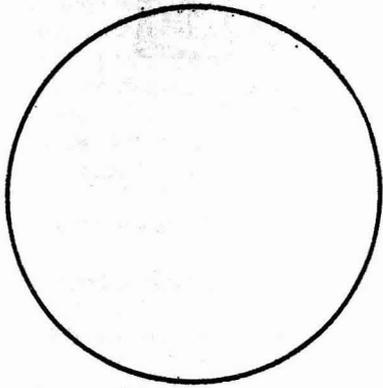
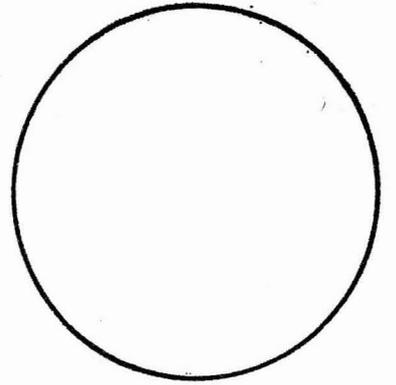
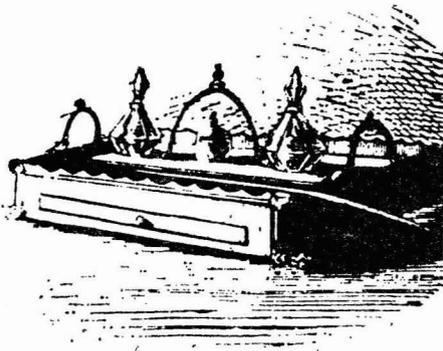
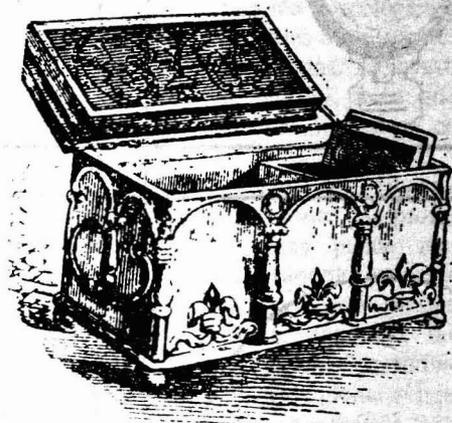


Juan Tovar

# MARKHEIM

Paráfrasis escénica del cuento de  
Robert Louis Stevenson





**Personajes:**

El comerciante

Markheim

El extraño

*[Un bazar de antigüedades y objetos varios, cerrado y oscuro. A un lado, puerta a la calle; otra puerta al fondo; cerca de esta última, un marco de espejo de tamaño natural. Lugar y época son, teóricamente, Londres y el siglo pasado, pero de hecho no importan más que como una de muchas ideas posibles para resolver escenografía y vestuario. En el bazar hay gran número de relojes; aunque no se vean, se oirá constantemente su tictaqueo múltiple, en diversos tonos entremezclados]*

*[El Comerciante y el Extraño, desde luego, pueden (¿deben?) ser interpretados por el mismo actor]*

[A la luz de un quinqué, el Comerciante escribe en un libro de contabilidad. Llamán a la puerta. Hace un gesto y sigue escribiendo. Vuelven a llamar, con insistencia. Se levanta de mala gana y va a la puerta con el quinqué. Atisba por un visillo y abre (afuera hay luz del pleno día). Entra Markheim]



*Comerciante:*

No es usted muy oportuno, señor Markheim.

*Markheim:*

[ocultando nerviosismo]

Supongo que usted, en su oficio, ha aprendido a adaptarse a oportunidades e importunidades. Puede ser útil — para aprovechar gangas repentinas, por ejemplo.

*Comerciante:*

Gangas... sí, a veces las hay, de diversas clases. Algunos clientes son ignorantes, y entonces saco dividendos de mi conocimiento superior. Otros son deshonestos—

[Alumbra a Markheim, que rehúye la vista]

y entonces obtengo provecho gracias a mi virtud.

[Ríe levemente mirando a Markheim]

Viene usted a verme el día de navidad, cuando sabe que estoy solo en casa, cierro a piedra y lodo y no atiendo negocio alguno. Bueno, tendrá que pagar por eso; tendrá que pagar mi pérdida de tiempo, pues en estos momentos debería estar poniendo mis libros al corriente. Y también tendrá que pagar por cierta actitud que hoy le noto muy vívida. Soy la esencia de la discreción y no hago preguntas embarazosas, pero cuando un cliente no es capaz de mirarme a los ojos, tiene que pagar por ello.

[Nueva risita; luego, tono de negocios:]

Como de costumbre, sin duda podrá decirme de dónde sacó el objeto que viene a vender. ¿Otra herencia de su tío? Ese caballero era un gran coleccionista.

*Markheim:*

Esta vez se equivoca. Vengo a comprar, no a vender. Las curiosidades que me legó mi difunto tío se han terminado y, además, acabo de tener una buena racha en la bolsa de valores. El motivo de mi visita es muy simple. Busco un regalo de navidad para una dama. Desde luego, le debo mil disculpas por molestarlo a causa de esa nadería, pero olvidé comprar ese regalo ayer y debo dárselo hoy en la cena. Como usted sabe, no hay que descuidar la ocasión de casarse con una señora rica.

[Trata de reír con complicidad; el Comerciante sólo lo escudriña. Hay una pausa. Entonces, el Comerciante deja el quinqué y asiente]

*Comerciante:*

Muy bien, señor, muy bien. Después de todo, usted es un viejo cliente nuestro y si, como dice, tiene oportunidad de casarse provechosamente, lejos de mí el ser un obstáculo.

[Toma algo de un estante]

Aquí hay una cosa bonita para un dama: este espejo de mano: siglo XV, garantizado. Procede de una buena colección, pero no puedo decirle de cuál: traicionaría los intereses de mi cliente; como usted, querido amigo, es sobrino y heredero único de un notable coleccionista.

[Tiende el espejo. Markheim se estremece al mirarse en él]

*Markheim:*

[gutural]

Un espejo...

[Aparta la vista, se recupera]

¿Un espejo? ¿Para navidad? ¡Claro que no!

*Comerciante:*

¿Por qué no?

*Markheim:*

¿Por qué no? Mírelo, ¡mírese en él!

[El Comerciante obedece]

¿Le gusta verlo? ¡No! Ni a mí, ni a nadie.

*Comerciante:*

[ríe superando el desconcierto]

Su futura esposa no ha de ser muy agraciada, señor.

*Markheim:*

Le pido un regalo de navidad y usted me ofrece esto: este maldito recordatorio de años y pecados y tonterías, esta conciencia de mano. ¿Hablaba usted en serio? ¿En qué estaba pensando? Dígame. Será mejor que me lo diga. ¿Qué

piensa? Apuesto una cosa: en el fondo, usted es un hombre muy caritativo.

*Comerciante:*

¿A qué viene todo esto?

*Markheim:*

¿No? ¿No es usted caritativo?

[*Sombrío*]

Ni caritativo, ni religioso, ni escrupuloso; sin amar, sin amor: una mano para obtener dinero, un sitio seguro donde guardarlo. ¿Eso es todo? Dios mío, señor, ¿eso es todo?

*Comerciante:*

[*severo*]

Voy a decirle lo que es... Pero veo que no tiene caso; sin duda ha estado usted bebiendo a la salud de su amada.

*Markheim:*

¡Ah! ¿Ha estado usted enamorado? Cuénteme.

*Comerciante:*

¡Yo! ¡Enamorado yo! Nunca tuve tiempo para todas esas tonterías, ni lo tengo ahora. ¿Se lleva usted el espejo?

*Markheim:*

¿Para qué tanta prisa? Es muy agradable estar aquí platicando, y la vida es tan corta y tan insegura que no debemos cortar en seco los placeres, aunque sean tan pequeños como éste. Más bien debemos aferrarnos a lo que se pueda, como un hombre pendiente del borde de un acantilado. Pensándolo bien, cada segundo es un acantilado: un acantilado de un kilómetro de altura; si caemos, el golpe desintegrará cuanto rasgo humano podamos tener. Así que es mejor hablar placenteramente. Hablemos de nosotros mismos: ¿por qué llevar esta máscara? Digámonos confidencias. Quién sabe; a lo mejor nos haremos amigos.

*Comerciante:*

Yo sólo puedo decirle: compre o váyase.

*Markheim:*

Cierto, cierto. Basta de tonterías. Al grano. Enséñeme alguna otra cosa.

[*El Comerciante se vuelve para reemplazar el espejo y examinar el estante. Markheim se lleva la mano al bolsillo. Está temblando*]

*Comerciante:*

Quizá le guste esto...

[*Markheim saca un cuchillo y lo clava en el pescuezo del Comerciante, que chilla débilmente, patalea, cae, se retuerce un poco y queda inmóvil. Markheim lo mira fijamente. Silencio: sólo el tictaqueo, muy lento. Afuera se oyen voces y risas de unos muchachos que pasan corriendo. Markheim parece despertar. Mira alrededor, vuelve a mirar el cadáver, como con extrañeza*]

*Markheim:*

Tan pequeño... más mezquino que en vida, curiosamente. Un saco de aserrín. Temías este espectáculo y no es nada, nada. Un mecanismo roto. Las bisagras en su sitio, los engranes, pero ya no funciona, ya no puede moverse. Estará aquí hasta que lo encuentren... y entonces...

[*Todos los relojes, levemente a destiempo, dan la hora: las tres de la tarde. Luego vuelve el tictaqueo, acelerado. Markheim mira con miedo hacia la puerta*]

Las tres. Apurarse. La criada puede regresar... Si alguien se asoma por la rendija...

[*Arrastra el cadáver y lo oculta*]

El charco de sangre, ¿se verá? Pero quién va a asomarse...

[*Coloca un tapete sobre la sangre*]

Quizá... Apúrate, imbécil, apúrate.

[*Empieza a guardarse objetos, frenético*]

Debiste haber elegido una hora más tranquila. Debiste preparar una coartada. No debiste usar un cuchillo. No debiste matarlo; solamente amarrarlo. Debiste haber venido cuando estaba la criada y matarla también. Rápido, idiota, rápido... ¿Pero qué haces con esto?

[*Empieza a tirar objetos que recogió*]

Inservible. Inservible. El dinero, el dinero es lo que — ¿dónde? Cuantos espejos. Y relojes. Lo primero que la gente



vende cuando llegan los malos tiempos: los espejos para que no los reflejen, los relojes para que no los midan. El dinero, el dinero es lo importante. ¿Dónde? Un sitio seguro. ¿Cuál?

[Ruido de pasos que se detienen frente a la puerta.]

Markheim se vuelve aterrado. Lllaman a la puerta]

Allí están. Oyeron sus gritos, el ruido. No hubo ruido. O no recuerdo.

[Llaman de nuevo]

Cálmate, cálmate, Markheim. Lo llaman a él, él no puede contestar. Cálmate.

[Más golpes. Luego, silencio. Pasos que se alejan]

Rápido. El dinero, irse, rápido.

[Va hacia la puerta del fondo. Al pasar se ve en el espejo. Se detiene. Se mira, de cerca y a unos pasos. Decece el tictaqueo]

El asesino, Markheim, míralo. El peligroso asesino. Acostúmbrate a él. ¡Peligroso asesino!

[Ríe meneando la cabeza. El ruido de los relojes se acelera]

Eso será si te agarran: el peligroso asesino. Nadie sabrá... Apúrate, imbécil, no pierdas el tiempo.

[De pronto, la puerta del fondo se abre. Asoma el Extraño, mira alrededor, hace gesto de disculpa y se retira cerrando. Markheim grita ahogadamente. El Extraño vuelve a aparecer. Cuando habla, decrece el tictaqueo]

Extraño:

¿Me llamaba usted?

[Markheim retrocede sin responder]

Supongo que busca usted el dinero.

[Hace una pausa; Markheim no responde]

Debo advertirle que no tiene mucho tiempo. La criada se peleó con su novio, así que no tardará en regresar. Si lo descubren en esta casa, señor Markheim, no necesito describirle las consecuencias.

Markheim:

¿Me — me conoce usted?

Extraño:

Desde hace tiempo es usted uno de mis favoritos. Lo he observado y a veces he tratado de prestarle ayuda.

Markheim:

¿Quién es usted? ¿El diablo?

Extraño:

Lo que yo sea no puede afectar el servicio que me propongo hacerle.

Markheim:

¡Sí puede! ¡Sí lo afecta! ¿Que me ayude usted? No, nunca, ¡tú no! Todavía no me conoces; gracias a Dios, todavía no me conoces.



Extraño:

Te conozco. Te conozco hasta el tuétano del alma.

Markheim:

¡Conocerme! ¿Quién puede conocerme? Mi vida no es sino travestismo y calumnia de lo que soy. He vivido para contradecir a mi naturaleza. Todos los hombres lo hacen; todos son mejores que este disfraz que les crece y los asfixia. La vida los arrastra a todos. Si no fuera por eso — si pudiéramos ver sus rostros, serían distintos por entero, serían héroes y santos. Yo soy peor que la mayoría: mi máscara es más gruesa. Pero si tuviera tiempo podría arrancármela.

Extraño:

¿Ante mí?

Markheim:

Ante ti sobre todo, ya que existes. Supuse que eras inteligente. Supuse que sabrías leer los corazones. Y sin embargo, te propones juzgarme por mis actos. Piénsalo: ¡mis actos! Desde que mi madre me parió entré en una tierra de gigantes que me han arrastrado todo el tiempo: los gigantes de la circunstancia. ¡Y quieres juzgarme por mis actos! Pero ¿no puedes mirar dentro de uno? ¿No puedes comprender que el mal me es odioso? ¿No puedes ver en mi interior la clara escritura de la conciencia, olvidada a menudo pero jamás emborronada por sofismas caprichosos? ¿No puedes ver en mí algo que seguramente es tan común como la humanidad: el pecador involuntario?

*Extraño:*

Te expresas con sentimiento, pero a mí no me importa nada de lo que dices: está fuera de mi terreno. No me interesa qué compulsión te arrastre, siempre y cuando te arrastre en la dirección correcta. Pero el tiempo corre. La criada se entretiene mirando la multitud y los escaparates, pero así y todo viene acercándose — y recuerda, es como si el cadalso mismo caminara hacia ti por las calles navideñas. ¿Te ayudo? Lo sé todo. ¿Te digo dónde encontrar el dinero?

*Markheim:*

¿A cambio de qué?

*Extraño:*

Te ofrezco el servicio como un regalo de navidad.

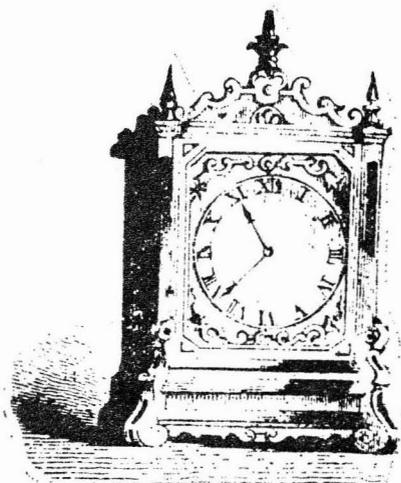
*Markheim:*

[*sonríe*]

No. No aceptaré nada de ti. Si estuviera muriendo de sed y tú me acercaras un vaso de agua, hallaría valor para rehusarlo. Tal vez sea crédulo de mi parte, pero no haré nada por entregarme al mal.

*Extraño:*

No pongo ninguna objeción al arrepentimiento de última hora.



*Markheim:*

¿Porque no crees en su eficiencia?

*Extraño:*

No digo eso. Lo que pasa es que veo tales cosas con otra perspectiva. Cuando la vida ha terminado, mi interés decrece. El hombre ha vivido para servirme, para sembrar yerbajos en el campo de trigo en el curso de su débil cesión al deseo. Cuando su liberación se acerca sólo puede añadir un servicio: arrepentirse, morir sonriendo, y de este modo instilar confianza y esperanza en los más timoratos de mis seguidores sobrevivientes. No soy un amo tan duro. Haz la prueba. Acepta mi ayuda. Sigue dándote gusto como hasta ahora, vive cómodo, y cuando la noche empiece a caer y el telón esté a punto de cerrarse, te digo, para tu mayor consuelo, que no te será difícil remendar tus pleitos con la conciencia y hacer las paces con Dios.

*Markheim:*

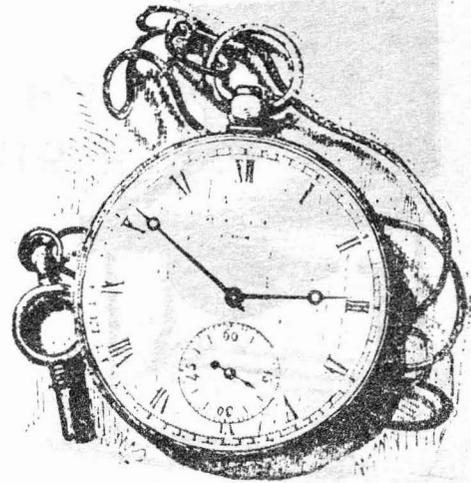
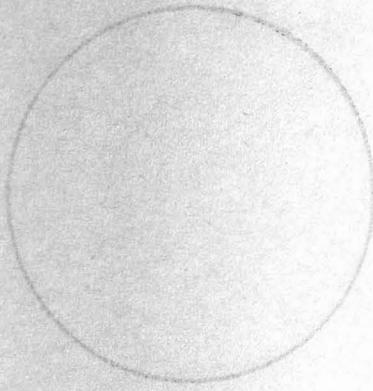
¿Qué crees de mí? ¿Piensas que no tengo aspiraciones más generosas que pecar, pecar y pecar, y finalmente meterme a hurtadillas en el cielo? ¿A eso se reduce tu experiencia? ¿O supones tal baja en mí, sólo porque me encuentras con las manos en la masa? ¿Acaso el asesinato es tan impío como para secar por entero el manantial del bien?

*Extraño:*

Para mí el asesinato no ocupa ninguna categoría especial. Sigo los pecados más allá del momento en que se cometen; en todos encuentro que la consecuencia última es la muerte, y a mis ojos, la muchachita que engaña a su madre para ir a una fiesta no se sumerge menos en sangre que un asesino como tú. ¿Dije que sigo los pecados? También sigo las virtudes; no difieren de aquéllos sino por una distancia ridícula. Ambos son guadañas para la cosecha del ángel de la muerte. El mal, para el que vivo, no consiste en la acción sino en el carácter. El hombre malo me es querido; no el acto malo, cuyos frutos acaso resulten, a la larga, a través de las edades, más buenos que los de la mejor virtud. No te ofrezco ayuda porque hayas matado a un comerciante, sino porque eres Markheim.

*Markheim:*

Te seré sincero. Este crimen será el último que cometa. Hasta ahora he sido forzado a hacer lo que no deseaba hacer; he sido un esclavo de la pobreza. Pero hoy, a través de este acto, obtengo una lección y obtengo riquezas: ambas cosas forman el espinazo de mi nueva resolución: ser yo mismo. He ganado la libertad y todo cambia. Algo me llega del pasado; algo de lo que soñé en la iglesia, bajo la música del órgano, o de lo que anticipé al derramar lágrimas sobre libros nobles, o de lo que hablé con mi madre siendo un niño inocente. Allí está mi vida; durante algunos años ex-



travié el camino, pero ahora veo de nuevo la ciudad a donde voy.

*Extraño:*

Si no me equivoco, invertirás este dinero en el mercado de valores, donde ya has perdido algunos miles.

*Markheim:*

Pero esta vez tengo algo seguro.

*Extraño:*

Esta vez perderás de nuevo.

*Markheim:*

Pero sólo invertiré la mitad.

*Extraño:*

También perderás la otra.

*Markheim:*

Bueno, pero — pero ¿qué importa? Digamos que pierdo todo, que me hundo de nuevo en la miseria, ¿acaso una parte mía, la peor, seguirá dominando a la mejor hasta el final? Amo de corazón todo lo bueno y lo verdadero. ¿Por qué sólo mis vicios han de dirigir mi vida mientras mis virtudes yacen inertes y estériles?

*Extraño:*

Durante los 36 años que llevas en este mundo, a través de muchos cambios de fortuna y variedades de humor, te he visto caer constantemente. Hace quince años te habría escandalizado un robo. Hace tres la idea de un asesinato te habría hecho palidecer. ¿Qué crímenes, qué crueldades y vilezas te repugnarán todavía dentro de cinco años? ¡Te veré caer! Tu camino es hacia abajo, y sólo la muerte podrá interrumpirlo.

*Markheim:*

He — he cedido al mal en cierto grado, sí. Pero eso pasa con todos, con los mismos santos . . .

*Extraño:*

Muy bien. Has cedido en muchas cosas, pero eso lo hacen todos. Aceptémoslo. Pero ¿has subido en algún aspecto, en cualquiera? Piénsalo.

*Markheim:*

[*tíubea*]

¿En cualquier aspecto?

[*Pausa. Derrotado*]

No . . . en ninguno.

*Extraño:*

Entonces confórmate con lo que eres, porque nunca cambiarás: las palabras de tu papel sobre este escenario están escritas irrevocablemente.

[*Pausa. Markheim se cubre la cara*]

En vista de lo anterior, ¿te enseño dónde está el dinero?

*Markheim:*

[*alzando la cara bruscamente*]

¿Y la gracia?

*Extraño:*

¿Acaso no la has buscado ya? Tus visitas a la iglesia, tus emociones al oír el órgano . . .

*Markheim:*

[*despacio, pensativo*]

Es cierto.

[*Llaman a la puerta*]

*Extraño:*

¡La criada! La criada ha regresado, como te advertí. Debes actuar rápido. Dile que su patrón está enfermo y hazla pasar, con aire confiado pero grave: nada de sonrisas, no sobreactúes, y te prometo éxito. ¿Tienes el cuchillo?

[*Markheim lo empuña, mecánicamente. El sonido de los relojes vuelve a decrecer*]

Una vez que la muchacha esté dentro y la puerta cerrada, la misma destreza que te libró del comerciante apartará de tu camino este último obstáculo. Luego tendrás la tarde entera, y la noche también, si es necesario, para recorrer la casa y encontrar todo lo de valor. Esto es una ayuda que viene a ti con la máscara del peligro. ¡Vamos, amigo! Tu vida tiembla en la balanza: levántate y actúa.

[*Vuelven a llamar a la puerta. Markheim se incorpora, el cuchillo en la mano. El Extraño lo hace guardarlo en la bolsa, le compone un poco la ropa, le hace seña de "anda". Markheim da unos pasos hacia la puerta, aferrando el cuchillo guardado. Se detiene. Mira al Extraño y meneá la cabeza*]

*Markheim:*

Si estoy condenado a acciones malvadas, queda aún una salida: puedo dejar de actuar. Mi amor por el bien podrá ser estéril, pero tengo todavía mi odio hacia el mal.

[*El Extraño sonríe dulcemente, transfigurándose casi. Asiente, retrocede hacia el espejo y sale a través de él. Markheim mira el espejo fijamente. Llaman de nuevo. Markheim saca el cuchillo, lo mira, lo deja caer y va a la puerta. Abre y dice:*]

Ve por la policía. He asesinado a tu patrón.

[*Los relojes dan la media hora. Markheim entra dejando la puerta abierta y se sienta a esperar. La luz se apaga paulatinamente. Los relojes suenan a ritmo normal*]

